

## Una biografía poco convencional

*Todo ya está aquí aunque no se vea. Enrique Vargas y el Teatro de los Sentidos*

MARÍA PAGLIARO

CAROLINA NÚÑEZ COCK

(ilustración)

Editorial Corre la Voz, Barcelona, 2016, 128 pp., il.

UN DÍA cualquiera, el niño Enrique Vargas (1950) descubre bajo la cama de una amiga un laberinto, espacio que vuelve a recrear reiteradamente durante su infancia en los cafetales de Manizales, en un eterno juego de perderse y encontrarse. “Todo ya está aquí aunque no se vea”, afirmación de un Enrique Vargas mayor que le da título a su biografía, compendia el pensamiento de este dramaturgo colombiano y nos habla de su recorrido vital: en los sencillos pasatiempos y actividades lúdicas del pequeño Enrique ya estaban presentes muchos de los elementos que marcarían la estética y la ideología de este artista sinónimo de ruptura y experimentación: el juego, la pregunta, el laberinto.

La biografía, sin embargo, no está escrita de manera convencional. Parece articularse siguiendo las dos formas del tiempo griego, tal como las explica Enrique Vargas en el texto: *kronos*, que constituye el tiempo lineal, y *kairos*, el tiempo fragmentado “de huesos, piel, colores, sueño y magia” (p. 97). En la mezcla de los dos tiempos se construye este texto, pues aunque sigue un orden cronológico —inicia relatando experiencias de la infancia y termina con el quehacer del dramaturgo en Europa durante los últimos años—, el texto está constituido por pequeños apartes, fragmentos de vida; anécdotas varias sobre diversos elementos que muestran la labor artística del colombiano, su formación, influencias, sueños, visiones, su manera de ver el mundo, sus recuerdos. Es un texto tejido de imágenes que nos van guiando a través de los eventos que han dejado una impronta en la poética dramática y en la ideología del manizalita. La autora es la periodista italiana María Pagliaro, quien se refiere a los apartes como “fragmentos

de visión que Enrique me ha dejado la libertad de poner en juego” (p. 17).

Estas evocaciones se van organizando mediante la presencia de dos voces: la voz de la periodista que recuenta sus impresiones de los variados momentos compartidos con el dramaturgo, y la voz del mismo Enrique Vargas, quien va narrando sus historias y responde preguntas. La diferencia entre estas dos voces queda expresada en el texto por el uso de una tipografía distinta que hace claro quién relata. Además, acompañan a estas dos voces los dibujos de la chilena Carolina Núñez Cock, imágenes creadas solo con líneas de contorno y sombra, en contadas ocasiones, a semejanza de dibujos infantiles, lo cual completa un conjunto de elementos que crean un juego entre pensamiento, lúdica y arte, como un reflejo de la obra de Vargas.

La biografía, dividida en tres partes, fue el fruto de conversaciones y entrevistas realizadas en un lapso de dos años (p. 93), y como en toda conversación que se retoma, los temas centrales van y vuelven, adquieren nuevos matices; las ideas apremiantes que han guiado la estética de este artista resaltan, pues se vuelve sobre ellas una y otra vez. Algunas de estas son el juego, la pregunta acuciante y la escucha.

El juego: desde el principio, Pagliaro habla de Enrique Vargas como “fabricante de juegos” (p. 16) y durante el diálogo él mismo se define como un constructor o artesano del juego (p. 87), un niño que descubre por casualidad la magia del laberinto, que se entusiasma con los espectáculos de “Campitos” (Carlos Emilio Campos), del circo, las marionetas y las sombras; un mundo que inicialmente percibía lejano al del teatro clásico (p. 27). Un juego en el que siempre se busca resolver un misterio, una pregunta que él concibe como su aporte:

Mi aporte a la compañía, como Enrique, es básicamente el de sugerir una pregunta y contribuir en la búsqueda de un juego para “animar” o hacer vivir esta pregunta. Y eventualmente el de buscar un punto de inflexión poético en el que se aclare el “sentido” de la investigación. (p. 40)

La pregunta, por su parte, se relaciona con la sencillez, pues “cuanto

más elemental e ingenua sea (...) más lejos puede llegar” (p. 66). Percibe su obra como la búsqueda de preguntas (p. 66) porque estas, dice Enrique, “son como las alcachofas: las deshojas y siempre te encuentras lo mismo, una hoja, y luego otra, todas relacionadas entre sí, una pregunta, y luego otra... Y otra”. Entonces resulta esencial para el desarrollo de cualquier actividad humana. Por eso, Vargas concluye que los seres humanos, “misterios con patas” (p. 87), encuentran su límite en la curiosidad, en la capacidad de cuestionarse y la manera como elaboran la pregunta, “llegamos hasta donde nos lleve nuestra pregunta” (p. 88). Nuestro trabajo es, pues, “tantear, escuchar. Sentir resonancias de aquello que no sabíamos que ya sabíamos” (p. 93).

Afirmaciones de este talante, que guardan humor o poética en muchos apartes, dan una idea más precisa de la ideología, además de la historia, que ha animado la creación artística de Vargas. Sin duda el texto está diseñado para el disfrute. No fue concebido para teóricos que buscan los principios de la estética del dramaturgo manizalita; tampoco para aquellos que deseen una biografía convencional, con fechas y datos precisos. Es un texto a caballo entre la historia de vida, la anécdota, la poética, el pensamiento artístico del dramaturgo, la visión del ser humano detrás del creador, de un diálogo, de imágenes oníricas, de la imaginación. Por ello, a pesar de no ser un compendio de principios artísticos, da luces sobre todo ello a cualquier interesado en la obra del dramaturgo y antropólogo colombiano. Es una obra abierta que le propone al lector un juego de aforismos e historias para interpretar e imaginar. Forma perfecta para aquellos cautivados por la dramaturgia de un autor de audaz estética, que pone al espectador a “descubrir” y experimentar por sí mismo.

**Laissa M. Rodríguez**